

Música, esencia y poder

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Una disertación sobre música —así sea de intrascendente y fragmentaria como esta— precisa, como punto primordial indispensable, fijar la noción del sonido.

Un filósofo afirmó que el sonido es el hermano terrenal del alma, terrenal pero legítimo; tal vez de allí otro dedujo una de las definiciones más adecuadas a la música como creación espiritual diciendo que es el “arte de pensar en sonidos”.

El sonido es algo así como un testigo que declara contra la simple emoción, que es lo súbito, y en favor del sentimiento, que es lo constante. Allí donde falten estos caracteres sensibles, el sonido se queda al nivel del grito o del ruido. La victoria permanente sobre estos es lo que infunde al sonido su esencia de belleza: en él vibra ya la naturaleza en contraste consigo misma; vibración de su propio vencimiento para ser sublimizada.

Al divagar sobre las transformaciones del sonido encontramos que como eje del desarrollo obra esta idea directriz: la pasión es la entraña maternal del arte; solo que esa localidad de origen entraña a su vez multitud de amenazas y peligros que conspiran contra el fruto maternal. Saber bordear estos y eludir aquellas es producir sustancia de belleza. Todo lo cual implica, en orden a la producción artística musical, un equilibrio melódico que desplaza cuanto de simplemente espectacular quiera lanzar el alma como expresión de sus eventuales o cotidianas aventuras.

Lo característico de la melodía radica —nos lo pueden comprobar en cualquier momento Beethoven y Mozart— en sustraerla a la mera fuerza impulsiva, a la coacción violenta de la simple naturaleza, en no rendirse a sus arrebatos, en no caer bajo su agobio. La melodía es melodiosa —redundancia— solo aparente—

cuando consigue regular sus voces con todas las pautas posibles y las conduce a un reposo tan vibrante como sereno que permita verter y dibujar una variedad sin fin de movimientos afectivos, diferentes en amplitud, variados en duración, pero siempre más o menos sujetos a una ley de compensación dentro de la cual es dable expresar la plena posesión del yo. Esto desde el punto de vista —¿de oído?— del sonido como unidad melódica. Situémoslo ahora dentro del coro y la armonía.

Coro es unión de voces; armonía, fusión de sonidos; y como denominador común, la unión o comunión del alma con las almas y con el alma de las cosas.

En un coro o en una orquesta cada unidad está realmente sostenida y conducida por las otras unidades para que cada resonancia individual entregue su mejor rendimiento. Si cada sonido se hace concordar y se conjuga con los demás sonidos no es para borrarlo sino para fortalecerlo.

Los sonidos fijos y armoniosos engendran a su vez otros sonidos llamados **resultantes**, físicamente existentes, que forman un fondo natural: la profundidad invariable de ese fondo es lo que viene a redimir los cambios del tono y la modulación en cuanto los sonidos **resultantes** se refuerzan con los instrumentos. La modulación es la expresión de las pasiones dominadas.

La música antigua y el canto se caracterizan por una notoria indeterminación tonal. Por el contrario, en la sinfonía la modulación ha sido llevada a nuevas aventuras y logrado distintas soluciones. En este punto la audacia de los creadores ya tiene borradas todas las fronteras. Llegando hasta obtener que se perciba lo musical aun dentro del ruido mismo, consecuentemente se ha logrado consolidar las nuevas emociones elevándolas a la dignidad de pensamientos.

Aun así de restringida esta exégesis numérica de los sonidos, vale para trasuntar el íntimo y enorme poderío de ellos. La melodía tiene la mayor potencia y la más directa para expresar la peripecia cotidiana de nuestras vidas —consonancias, combinaciones, roce de sonidos; o bien, continuidad, ritmo, movimiento, mediante la sucesión compensada de todos esos integrantes—.

Talvez la música sea la forma absoluta de la memoria, de una memoria indiscriminada y sin objeto. El portentoso poder de la magia musical es lo único que logra devolvernos el pasado bajo las especies de un presente de belleza.

Creo con efectiva hermandad en todos aquellos que han hecho del arte musical —cualesquiera sean sus grados y formas— un sistema de vida interior.

No sabría decir si lo leí alguna vez, si lo escuché de alguien, si lo encontré a la orilla del sosiego, si me lo entregó la vida, o si lo recogí en el sueño: lo mejor de nuestro espíritu, sus más puras voces, su vuelo más alto, solo saben discurrir entre melodías.

Audibles o inaudibles, solamente del sonido fluyen los hábitos legítimos del júbilo. Los simples pensamientos son incapaces de promover el pleno advenimiento del gozo interior o del sensible. En cambio, para acendrarlo y embellecerlo todo, suele bastar una melodía dispersa en el ambiente.

Las voces más puras, los vuelos más altos —como el Amor: no el vano y tantas veces mísero amor, sensualmente humano, sino el otro, el de función más sublimante y sublimada; el que nos rinde a la bondad; el que nos impone la verdad, el que nos avasalla a la belleza, el de ilusiones e infortunios, el de esperanzas y desolaciones, el de victorias y agonías: el amor al Amor.

Semiborrado ya en el tiempo hubo cierta vez un compositor febrilmente empeñado en crear una singular polifonía capaz de inculcar en el espíritu de los humanos, a través de sus oídos, la vital necesidad de amarnos los unos a los otros. Aquella polifonía litúrgica, evangélica, se integraría de masas corales, una orquesta y un eterófono, distribuidos en grupos correspondientes a los cuatro elementos naturales: los instrumentos de viento representaban las voces del aire; los de percusión, copiaban las voces de la tierra; los arcos y cordajes traducían las voces del fuego, y los teclados y pedales propagaban las voces del agua. Aquel iluminado actuaba sobre un dogma estético, implícito en lo más recóndito, incommovible en lo más erguido de las realidades internas, a saber: que la música expresa no solamente lo espiritual y metafísico, sino también lo sensible y corpóreo; que las armonías físicas logran establecer una relación latente, casi un contacto, con lo ultraterrestre; que su virtud todopoderosa puede reducir a la unidad el complejo universal. Quizá por ello Pitágoras concebía el ritmo ecuménico de la esfera dentro de una órbita de música.

Como el hilo del héroe fabuloso, la música guía las mentes y los corazones en la penetración de los misterios y en el sondeo de los abismos, buscando estrechar el universo ante las pupilas de Dios para quienes están presentes todos los tiempos y todos los espacios.

Arte y ciencia de pensar en sonidos, se ha dicho ser la música. Y en verdad: ciencia de sonorizar ideas, visiones, sentimientos, paisajes; y arte de transformar milagrosamente el tiempo y el espacio en realidades de belleza concreta y al par imponderable.

Melodía, sinfonía, armonía son formas y sendas de una inmensa invitación al bien. En la biografía de sus genios y maestros la música actúa como una suerte de exhortación paralela a la línea de sus obras.

Desde la desolada cumbre de su gloria Beethoven pedía realizar toda bondad posible, amar la verdad sobre todas las cosas, y ni al precio de un imperio hacerle traición a la belleza.

Atravesando el mundo entre los renegados del sentimiento y los lacayos de la fría razón, Mozart extrajo, no de su cerebro inmenso, sino del corazón vibrante, esa dulzura jubilosa y fastuosa que lo inmortaliza. Cuando era un niño apenas, a cuantos lo rodeaban se daba a preguntarlos si lo amaban. Por eso más tarde destellaron en el hombre el genio y la virtud.

En Schumann cada obra es un resplandor de lucidez, de amor, de fe, de un claro poderío. Como una inmensa ave marina sobre un vórtice, la inspiración planeaba sobre su locura final, velando el trono del príncipe del piano, del emperador de **lied**.

Listz, el creador de las "rapsodias", se enardecía más con el anhelo del triunfo ajeno que con la embriaguez del suyo propio. A toda acechanza o maleficio de la gloria opuso, como conjuro único, la bondad. Y solo tuvo una locura magnífica: el imperio de la justicia. Renunció a crear él mismo a **Tristán, El oro del Rhin, Parsifal**, para que el mundo pudiera tener más tarde a Wagner.

Y así de Bach, de Chopin, de Schubert, de Berlioz, de Frank; espiritual y melodiosa, la belleza brotaba de sus almas como un manantial entre rocas gigantescas.

En verdad: para embellecerlo y acendrarlo, suele bastar una melodía dispersa en el ambiente.